

El señor Sibelius

Pablo Espinosa

Soy una aparición de entre los bosques —dice Jean Sibelius.

Y entonces braman los dragones, eferescen los elfos, danzan las hadas, saltan los duendes, galopan los unicornios, vuelan los pegajos, flotan fuegos fatuos.

Mi música viene del silencio y va hacia el silencio —enuncia Jean Sibelius.

Y entonces enmudecen las arpas, cierran los ojos los hipocampos al igual que el cíclope nubla su mirada, bailan las sílfides, aparecen los espectros, cantan las sirenas, trepidan los centauros.

Mi música es agua, desliza Jean Sibelius.

Y entonces se aúpan los doxys, se apagan las bolas de fuego, se bañan las ninfas, escurren las esfinges, nadan las nagas, se hunden las mantíforas, crecen las hidras, se multiplican las dríadas, se ahogan los drolls, se mojan las sombras, se horrorizan los orcos, se humedecen las gárgolas, se inunda el leviatán, se sumerge el golem.

—Señor Sibelius, bienvenido al año 2015, ¿lo venció la curiosidad de observar cómo lo “incomprenden” los humanos en su sesquicentenario?

—Avalo el término, muchacho: incomprenden. Que significa: no me entienden.

—El término lo acuñó el escritor Julian Barnes, británico, como todos los ingleses que sí lo comprendieron y comprenden. De hecho, señor Sibelius, el escritor Julian Barnes publicó en 2004 un libro fabuloso: *La mesa limón*, en alusión a la mesa de un bar donde los comensales están obligados a hablar de la muerte y en el relato final, titulado en su honor “El silencio”, lo pone a usted urgido de un limón, para su última morada, que es todo menos limonada.

—Su humor frente a la muerte acusa su cultura, muchachito: ustedes los mexicanos no pueden referirse a la muerte sin reírse.

—Lo que sucede, señor Sibelius, es que para mí su música tiene que ver con la vida, nunca con la muerte, tal y como lo “incomprenden” los ingleses. Mientras Julian Barnes puso en su mano un limón para que así fuera usted inhumado, tal y como lo hacían los antiguos chinos porque para ellos el limón es el símbolo de la muerte, yo en cambio le pondré a usted en la mano un símbolo de vida, ahora que regrese usted a su eterna morada, que para mí, entonces, no es morada, es rosada, pero no de la colina.

—Conozco el libro de Barnes, muchachito. Es bello, tengo que admitirlo.

—El recurso de sustituir el vuelo de los gansos en formación, imagen que está en la portada de la grabación de sus obras completas, en una sucesión interminable de cajas de discos, por el vuelo de grullas es sencillamente sublime.

—Fue gentil Julian Barnes, me otorgó una muerte dichosa: una vez que me fue dado, después de muchos años, ver de nuevo el vuelo majestuoso de las grullas, pude morir tranquilo.

El señor Sibelius cierra los ojos para volver a vivir ese momento: 16 gansos volando en formación sobre su casa de Ainola.

“Una de mis supremas experiencias”, dice Sibelius.

Y entonces se desata un furor de cánticos de grullas, un graznido ronco de gansos en vuelo y hacen contrapunto con el crujir de una rama húmeda en el bosque y el estallido monumental de una gota de agua que cae sobre el lago encantado.

Se escucha ahora el sonar de un corno inglés, ese instrumento al mismo tiempo elegante y monstruoso.

Su voz imita a la de un cisne que nada sobre las aguas negras en Tuonela, la tierra

de la muerte, mientras un violonchelo solista le responde y los violines imitan el movimiento de las alas blancas de los cisnes emprendiendo el vuelo, dando golpecitos en las cuerdas con el dorso de los arcos.

—El Kalevala, El Cisne de Tuonela, ¿y luego no quiere usted que se asocie su música con la muerte?

—Es la pura anécdota, muchacho. Mi tema no es la muerte. Mi tema es el silencio.

Y entonces, como por arte de magia. El silencio circunda el bosque. Enmudece. El agua no deja de fluir, pero está muda también.

Sala de Conciertos Nezahualcóyotl. Ciudad de México, la noche del 16 de agosto de 1979. John Pritchard empuña la batuta al frente de la Sinfónica de Londres, una de las orquestas que rescataron a Sibelius y lo convirtieron en semidiós.

Por la mañana, durante el ensayo, John Pritchard no sale de su asombro frente al prodigio de la acústica de la Sala Nezahualcóyotl:

—Aquí se escucha el silencio en todo su esplendor —repite una y otra vez.

A la hora de la verdad, en el concierto, ejecuta el final de la *Quinta Sinfonía* de Sibelius como solamente volverá a sonar 35 años después, en otra sala de acústica perfecta, la Philharmonie, sede de la Filarmónica de Berlín, con Sir Simon Rattle al frente. Ambos, Pritchard y Rattle, hacen sonar el silencio.

La coda final de la *Quinta Sinfonía* de Sibelius consta de seis golpes brutales de orquesta, seis unísonos *tuttis* intercalados por el silencio.

—En un ejercicio apasionante de investigación, señor Sibelius, elegí diez versiones diferentes, con distintos directores y orquesta, de su *Quinta Sinfonía*.



Jean Sibelius

—¿Y... cuál fue el resultado?, ¿me “incomprendieron” bien todos?

—Herbert von Karajan lo incomprendió a la perfección: su final es de risa loca, da pena, señor Sibelius, porque mientras Mariss Jansons, Sir Simon Rattle, Paavo Järvi y Vladimir Ashkenazi otorgan al silencio una duración de hasta siete segundos entre un golpe de orquesta y el siguiente, el griego Karajan suelta los seis bocinazos de un solo golpe, como una vulgar eyaculación precoz. Qué pena.

—No se apene. Ay, ya me contagié de su humor vacilador. Dije pena, no pene, no se a pene, no sea pene. Ay, ustedes los mexicanos.

—Julian Barnes juega mejor con las palabras, señor Sibelius. En su relato “El silencio” lo hace a usted coquetear con la idea de poner la indicación tempo *buffo* en el final de su *Quinta Sinfonía*, como una alegoría para el final de su vida, como una manera de apoyar el aserto de usted: hay más de una manera de expresar la verdad.

Sala Nezahualcóyotl, agosto de 1979. La verdad es la expresión de la belleza. Eso lo sabe John Pritchard y en el final de la *Quinta Sinfonía* de Sibelius, al frente de la Sinfónica de Londres, suspende la batuta en el vacío, luego del primer golpe de orquesta y lo que suena, suena a eternidad.

Yo perdí la cuenta en 9 segundos. En realidad transcurrió una eternidad entre el primer golpe de orquesta y el siguiente y

otro mar de silencio entre el tercer mazazo y el cuarto y recuerdo que me tuve que llevar la mano derecha a la boca abierta de par en par porque estaba a punto del grito, como en un orgasmo, frente a tantísimo placer.

“El silencio”. Mejor título no pudo haber puesto Julian Barnes a su relato.

El silencio. Escribe Julian Barnes: “La música comienza donde las palabras acaban. ¿Qué ocurre cuando la música cesa? El silencio. Todas las demás artes aspiran a la condición de la música. ¿A qué aspira la música? Al silencio [...]. En última instancia, la lógica de la música conduce al silencio”.

Sala Nezahualcóyotl, agosto de 1979. Sinfónica de Londres. John Pritchard. El silencio. Es hermoso el silencio cuando suena. La mejor interpretación de la música de Sibelius en México ocurrió esa noche, porque John Pritchard y la Sinfónica de Londres hicieron sonar el silencio.

Berlín. Año 2014. Sala Philharmonie. Sir Simon Rattle al frente de la Filarmónica de Berlín hace sonar el silencio.

Hace del silencio un sonar, ese dispositivo o recurso tecnológico cuyo nombre es el acrónimo de Sound Navigation and Ranging (sonar) y consiste en la propagación del sonido bajo el agua para navegar, comunicarse o encontrar un objeto perdido.

Sonar. Acrónimo. Navegar. Sonido bajo el agua. Sonido Sibelius. Comunicarse. Encontrar. Encontrarse.

Entre un golpe de orquesta y el siguiente de la gran coda final de la *Quinta Sinfonía* transcurren hasta siete segundos de silencio. Una eternidad.

—Se me puso la piel chinita, señor Sibelius.

—Lo que pasa es que eres latino, muchacho.

—Y usted muy escandinavo y todo pero sus sinfonías erizan la piel del más frígido. Recuerdo el alarido del público en la Sala Nezahualcóyotl y en la Philharmonie, después de haber escuchado el silencio.

Y es que, señor Sibelius, para muchos el silencio es insoportable. Es como la soledad: hay personas que no pueden estar solas. Les da miedo, pavor estar consigo mismos. Lo mismo pasa con el silencio. Da pavor, cuando en realidad es bellísimo. El silencio es la verdad. Es la belleza y aquí concedamos la razón a John Cage, cuando dice y demostró que el silencio no existe.

Entonces el silencio es la utopía.

—Por cierto, señor Sibelius, muy ingenioso el sistema que se inventó para la trama intensa de su *Quinta Sinfonía*: acomodados y recodos del sistema *stretto*.

—¡Ah, ya veo que estudió usted, muchachito!

—Más bien me crecí al castigo, como decimos los mexicanos, señor Sibelius.

El *stretto* es un recurso imitativo, utilizado en el formato fuga, donde una línea se interrumpe y la toma otra voz y cuando se juntan esas dos o más voces, se entrecruzan durante un tiempo, para volver a dispersarse.

—Como el vuelo de las grullas, ¿no es así, señor Sibelius?

—Es correcta su inferencia, muchachito.

Ráfagas de sonido desde el par de oboes, graznidos desde el fagot, interjecciones en las violas y vuelos a velocidades altas, muy altas en los violonchelos. El fulgor del primer movimiento de la *Quinta Sinfonía*.

—Usted es un mago que devela secretos, señor Sibelius. Los instrumentos que usted utiliza en primer plano siempre son veneno para las hadas: los oboes, el fagot, los cornos franceses, el corno inglés, las flautas en tonos insospechados al igual que los clarinetes. Ah, y los violonchelos. Oh, Dios, los violonchelos. Ni siquiera su amigo Gus-

tav Mahler utiliza las violas y los violonchelos como usted lo hace de manera tan sublime, señor Sibelius.

Suena la *Quinta Sinfonía* de Sibelius pero ahora con la Oslo Philharmonic Orchestra, dirigida por Mariss Jansons: wagneriana. Mariss Jansons “incomprende” tan bien a Sibelius que pone en primer plano los rasgos de la sinfonía donde Sibelius se prostra ante su maestro: Richard Wagner.

Suena la *Quinta Sinfonía* de Sibelius pero ahora con la Sinfónica de Londres, dirigida por Sir Colin Davis, otro de los expertos sibelianos. Corren entre la orquesta torrentes de agua.

El relieve puesto en los timbales, contrabajos y violonchelos dota de un misterio colosal a toda la obra. Como si el bosque cobrara vida y todas sus criaturas gritaran unísonas.

Suena la *Quinta Sinfonía* de Sibelius pero ahora con la Orquesta Estatal de la URSS, dirigida a la usanza militar por Vladimir Yesipov. Interesante: una interpretación muy a la Chaikovski, con sus sesgos rococó y carácter heroico y, en consecuencia, revela detalles que todos los demás omiten.

Suena la *Quinta Sinfonía* de Sibelius pero ahora con Osmo Vänskä al frente de la Lahti Symphony Orchestra, pero en esta ocasión estamos escuchando la primera ver-

sión, la original de la *Quinta Sinfonía*, que escribió Sibelius en 1915: océanos, suenan océanos.

—Como que me gusta más la versión original, señor Sibelius. Es agua inmensa y pura. Inagotable gota a gota.

—¿Y el final, qué le pareció el final, muchacho?

—Asombroso, sencillamente asombroso. Los seis golpes de orquesta consecutivos y en los alientos-metales. Agua pesada. Por cierto, señor Sibelius ya que el tema del agua es lo suyo, ¿sabe usted cuál es la fórmula química del agua de coco?

—No, en mi tierra, más bien en mi agua no hay palmeras, acuérdesese. Lo nuestro es la leche cortada. A ver, ¿cuál es la fórmula química del agua de coco?

—H₂CoCo.

—Permítame, de la risa casi se me corta la leche, como dicen ustedes los mexicanos. Ya me echó a perder, muchacho.

—Oiga, señor Sibelius, el tema inicial de su *Quinta Sinfonía*, ese coro de cornos, que Alex Ross compara, al igual que lo hace Julian Barnes, con el batir de alas de una mariposa, es tan bello que medio siglo después lo tomó John Coltrane para su obra maestra: *Love Supreme*.

—Es un honor. Jamás me imaginé entrar al mundo del jazz, aunque todos los

países nórdicos ahora viven bajo el influjo de esa música.

—Y a propósito de vasos culturales comunicantes. Su *Cuarta Sinfonía* me suena a un estallido de silencio. Además, me encanta que la sección central del movimiento final lo armó usted con borradores de la versión cantada que escribió usted de “El cuervo”, de Edgar Allan Poe.

De repente, el vuelo de 16 gansos nubla el cielo y en silencio acalla la conversación.

El señor Sibelius sigue el vuelo con mirada melancólica. De sus ojos escurre agua. Abundante, tibia agua.

Cuando pestañea, el cerrar y abrir de sus pájaros convierte a los gansos en grullas.

Sonríe.

Empieza a caminar y mientras se aleja abre su puño derecho y me muestra el objeto que ahí deposité: una pequeñísima escultura de metal con el símbolo de la sílaba om: el sonido primordial.

El señor Sibelius vuelve a cerrar el puño, lo lleva a su corazón, luego a su frente, luego hacia el cosmos. Sonríe. Sus ojos brillan a lo lejos. Su cráneo a rape reluce y refleja, como el lago es un espejo, el vuelo en calma de 16 ángeles-gansos-grullas.

—Buen viaje, señor Sibelius. Feliz cumpleaños 150. **u**

